

Microhistorias de una rebelión

Adolfo Gilly

La rebelión zapatista de 1994 fue uno de los momentos decisivos de la historia de nuestro país de los últimos tiempos. Adolfo Gilly comenta, desde la perspectiva de la microhistoria, el volumen Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista, editado recientemente por El Colegio de México.

I

Hace ya medio siglo François Chevalier escribió un ensayo seminal —semilla para John Womack— sobre la revolución de Emiliano Zapata en Morelos. Lo inició con estas líneas:

La revolución agraria de México parece ser el término brusco de una larga evolución en profundidad que tuvo lugar en el seno del campesinado y de las comunidades rurales, mejor que la obra de doctrinarios, de economistas o de políticos que ejercieron sobre ella una tardía influencia o incluso pretendieron frenarla y reducir su trascendencia.

En la diversidad de los siete estudios de *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista-Microhistorias políticas*, libro coordinado por Marco Estrada Saavedra y Juan Pedro Viqueira, lo que surge en primer plano es ese rasgo común a las rebeliones campesinas y coloniales (porque también de una rebelión colonial se trata, la de éstos que quieren ser ciudadanos y mexicanos y nunca les fue permitido).

Los de afuera vinieron, se implantaron, trajeron sus conocimientos, sus ideologías y sus inexperiencias de la vida. Pero fueron los de adentro, con sus historias y costumbres, con sus experiencias con los señores luga-

reños y con los de afuera, los que se sublevaron y cambiaron todo. “Para que todo quede como es”, pueden decir quienes nunca entendieron el significado de la famosa frase de Tancredi en *El gatopardo*: “Es preciso que todo cambie para que todo quede como es”. El acento está en “es preciso que todo cambie...”. Para poder seguir mandando tenemos que ceder y cambiar los modos de ese mando. Cambiar, dice Tancredi, y no lo contrario.

Sí, todo parece seguir en Chiapas como era. Pero todo cambió y el mando nunca volverá a ser como era antes, aunque aún sigan dando órdenes muchos de los mandones de antes. Esto es lo que yo leo en las microhistorias de este libro.

La rebelión de 1994 en Chiapas, encabezada por el EZLN, se me aparece aquí como la culminación de una prolongada lucha por la tierra y por el pensamiento propio sostenido durante los tiempos pluriseculares por las comunidades indígenas. Ella tiene sustento en la continuidad de la vida, no en las efemérides históricas. Está enmarcada o vaciada en los regímenes jurídicos coloniales y republicanos sucesivos. Pero tiene su propia sustancia y su entramado hereditario de experiencias, ideas, creencias, costumbres instituidas y transformadas, lenguajes e intercambios con la naturaleza y con la sociedad dominante, como nos lo podrían volver a contar Guillermo Bonfil, Andrés Aubry, Miguel León-Porti-

lla, Alfredo López Austin o Antonio García de León, para sólo mencionar cinco que son ya clásicos para quienes los aman.

(Me quedo aquí con la definición de Borges: “Clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad”).

De aquel entramado —en la acepción de este término en Edward P. Thompson— me hablan estas historias. Es una trama en la cual la rebelión de 1994 aparece al mismo tiempo como un término *a quo* y como un inicio; como una de las periódicas reconfiguraciones de la relación indígena con la dominación estatal establecida y como el marco para los cambios venideros y para las sucesivas trasfiguraciones de las comunidades y sus mundos de la vida, a través de las cuales, cambiando, tenazmente persisten en su ser.

II

En la introducción, Juan Pedro Viqueira explica la estructura de esta compilación. Se trata de un conjunto de estudios de forma “fundamentalmente narrativa”, nos dice:

No buscamos ni una imposible objetividad científica (el conocimiento es necesariamente una relación entre el investigador y la realidad estudiada) ni una absurda imparcialidad (las preguntas se plantean siempre desde intereses y valores específicos). [...] Amén de que algunos de nosotros —prosigue— pensamos que el relato complejo y la descripción densa pueden llegar a ser la mejor forma de dar cuenta de las realidades sociales.

En estos relatos, dispares entre sí, lo que se me aparece es la continuidad del apego a la tierra, a la existencia como comunidad, a las creencias y al ser indígena, eso que desde afuera, desde lo objetivo y lo estudiado, suele llamarse su *identidad* y definirse como conservación; y que desde adentro, desde lo subjetivo y lo vivido, se han empeñado en darle el nombre de *dignidad* y en vivirlo como existencia activa para afirmarlo en los atributos propios de lo humano.

Aquel apego no es pasividad ni es renuncia a ningún otro atributo. Es *deseo*, y deseo es acto, en esa mezcla de protesta, defensa y deseo que hay en cada rebelión. Aparece en estos estudios como vitalidad y por lo tanto lucha, conflicto, disputa, cambio. Lo dice también Viqueira en los preliminares: varias de estas investigaciones “se han interesado en comunidades en las que no hubo realmente bases de apoyo del EZLN, pero en las cuales la rebelión zapatista reactivó la lucha agraria”. Es

Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista

Microhistorias políticas

Marco Estrada Saavedra

Juan Pedro Viqueira

Coordinadores



EL COLEGIO DE MÉXICO

decir, reactivó lo que allí estaba y no era evidente: el deseo de la tierra y de la vida.

En esa larga travesía se cruzaron el Estado (y sus gobiernos federales y locales), la Iglesia católica de don Samuel (y las iglesias protestantes), los organizadores políticos o sindicales; los finqueros; una cultura ejidal injertada en una comunitaria; una cultura colonial y racista de los finqueros, los mestizos, los ladinos, los funcionarios, los caciques, los distintos nombres del poder en suma; una cultura india de la resistencia y la persistencia: el silencio y la máscara para afuera, la palabra y el rostro para adentro.

Ésa es la patria de los oprimidos, distinta de la patria del criollo. Ella se me vuelve a aparecer, vestida de recuerdos o relatos, en las páginas de un libro que no está escrito por investigadores simpatizantes de la rebelión zapatista, aunque la mayoría de ellos tampoco puedan decirse sus adversarios. No es ésa la tonalidad definitoria de esta compilación y tal vez en ello resida uno de sus valores. El volumen termina diciendo, al menos para mí, más de cuanto parezca querer decir la intencionalidad inquisitiva de cada ensayo.

En esa patria de los oprimidos, el primero de enero de 1994 destacamentos organizados, armados y no armados, de los pueblos indígenas de Chiapas tomaron la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, capital colonial de los señores, y algunas otras plazas. Como decía Jesús Sotelo Inclán de Anenecuilco, allí volvió a abrirse como una herida la historia mexicana. Nada podrá borrarlo,

ni los ejércitos ni las bandas paramilitares ni los funcionarios ni los sucesivos presidentes y gobernadores.

III

En todos los relatos de este libro aparece, cuando no el acontecimiento inaugural de ese Año Nuevo, sí su huella imborrable. Los riges a todos, los ordena en un antes y un después, da un sentido —diverso según cada interlocutor— al pasado y al presente, abre el futuro como una incógnita antes que como una acostumbrada certidumbre. Eso es lo que yo veo y leo. Tal vez otros vean otras cosas. Para eso son los libros que tienen algo adentro.

En aquel tiempo de antes habían llegado a Chiapas personas, acontecimientos e instituciones que dejaron sus huellas. Los entrevistados los recuerdan: don Samuel, su Iglesia de la liberación y sus diáconos, siempre presentes; el Congreso Indígena de 1974; los maoístas, los comunistas, los partidos, los organizadores sindicales; un misterioso Óscar que lleva un chaco y cuya identidad no sería un enigma si se empujara un poco más esa indagación; un Adolfo Orive que hoy es coordinador de la bancada del Partido del Trabajo en la Asamblea de Representantes del Distrito Federal; un Batopilas que no es el municipio de Chihuahua, como anota este libro, sino un ejido cerca de Torreón, famoso porque hacen un buen aguardiente y porque allí, según se dice, trabajó su tesis de licenciatura el futuro presidente Carlos Salinas de Gortari, ese mismo que desmanteló el artículo 27 Constitucional, dio con ello pie a la revuelta zapatista, mandó su ejército a reprimirla y pactó después una inestable y prolongada y a veces sangrienta tregua con el EZLN.

Todos ellos aparecen en las conversaciones de los entrevistados: también el comandante David que, cuentan, antes fue diácono y ahora sabe cómo encabezar y cómo negociar según sea necesario; y también el otro presidente, Ernesto Zedillo, el de la felonía del 9 de febrero de 1995, el de los días de Acteal, el protector de paramilitares, aquel que no tenía *cash* para los pobres y llevaba la impiedad en su mirada.

Las memorias de los pueblos en esos días son amargas:

El 9 de febrero de 1995 es una fecha recordada con dolor en la historia de La Garrucha, sus habitantes la recuerdan como el inicio de la verdadera guerra, cuando nos traicionaron. La mañana de aquel día, la comunidad amaneció una vez más en alerta. Faltaban algunos detalles para el encuentro que se llevaría a cabo en la comunidad vecina de San Miguel, entre representantes del EZLN y delegados gubernamentales, con el objetivo de restablecer el “diálogo por la paz”. En el transcurso del día la situación se volvió muy confusa, hasta que llegó una orden precisa para todas las comunidades de la región, ¡tenían que salir de inmediato de la comunidad! El ejército había roto el cerco

zapatista y venía en búsqueda de la población con tanquetas, aviones, helicópteros y miles de soldados de infantería. ¡No había tiempo, debían salir cuanto antes!

A emprender entonces, a toda prisa y como se pueda, el antiguo camino de las aldeas campesinas en las tierras y las épocas más diversas cuando llegan los ejércitos:

Mujeres, ancianos, niños, la comunidad entera tuvieron que abandonarlo todo para refugiarse en la montaña. Caminaron varias horas hasta situarse en un lugar que parecía seguro. Fueron cinco días en que estuvieron internados en el monte. Escondidos e inmóviles para evitar que los vuelos rasantes de los aviones militares los ubicaran.

Las tropas se ensañaron con estos ciudadanos mexicanos:

En La Garrucha el Ejército Mexicano ocupó el poblado y lo destruyó todo. En una serie de aproximaciones, los hombres de la comunidad intentaron sacar un poco de maíz de sus trojes, pero lo que pudieron observar fue desolador. El pueblo estaba destruido: había casas quemadas, la ropa estaba regada, los animales envenenados, el maíz tirado y embarrado de excremento, el ganado mayor había desaparecido. Los soldados defecaron en la iglesia y ahí mismo tiraron una pila de condones usados. En los muros de las casas que se mantenían en pie, los soldados habían pintado calaveras y dejado la amenaza escrita de que volverían “para matarlos”. La gente de La Garrucha estuvo exiliada de su comunidad cerca de dos meses. Durante ese tiempo, una comunidad zapatista próxima les proporcionó techo y comida.[...] A partir de entonces y durante seis años la gente de La Garrucha tuvo que convivir directamente con un cuartel militar, pues se instaló uno en las tierras de cultivo del propio ejido, a escasos dos kilómetros del poblado.

IV

En los relatos de este libro aparece una antigua cultura de la solidaridad y la organización, que en el reparto agrario de la segunda mitad de los años treinta del siglo XX adquirió forma específica como cultura ejidal reconocida y aceptada por los gobiernos, tal como la describieron Jan Rus en *La comunidad revolucionaria institucional*, más acá en el tiempo, Jan de Vos en *Una tierra para sembrar sueños*.

Esa cultura, creación específica de los pueblos indígenas de Chiapas, permite que allá en el tiempo de mucho antes, es decir allá por 1980, los campesinos de Buena Vista Pachán se propusieran “lograr la construc-



© Mauricio Ramos

En Chiapas...

ción de una carretera y conseguir transporte entre Las Margaritas y Nuevo Momón” (p. 82). Entonces, dicen en una entrevista colectiva en diciembre de 2004: “Pensamos que la *Biblia* enseña a hacer obras para ayudarnos y vimos la necesidad de crear una unión ejidal y así nos hicimos parte de Tierra y Libertad”. Es decir, proyectaron en la *Biblia* un modo de pensar que viene de antigua experiencia; cruzaron religión, cultura ejidal, presencia maoísta y revolución mexicana; y compraron un camión entre todos para utilizar la carretera.

Entonces, se armaron dos disputas: una entre los ejidos, por la ruta que debía seguir el camión para servir a todos; otra entre los asesores maoístas, por la concepción y la estrategia de la lucha política. Por añadidura, terció el gobierno (o los gobiernos, según dicen allá), según sus propios fines e intereses. Inevitable triangulación de los conflictos en la cual se mueven y se conforman los modos de organizar y los de pensar la organización, la lucha, la negociación y sus objetivos, incluidos los conflictos interiores entre ejidos o dentro de un mismo ejido o un mismo pueblo.

Como me dijeron más de una vez ayer en Guatemala cuando yo no entendía: “Mirá vos, aquí así es”. Y eso explicaba todo. Es lo que yo diría hoy al tal vez desconcertado lector de estos escritos: “Mirá vos, aquí así es”. Pero le agregaría: “Fijate vos que a los entrevistadores no les contaron todo, ni la mitad de todo, sino no más algunos pedacitos”.

Aparece también en estas entrevistas la violencia permanente de la dominación, que en mi experiencia y mis lecturas, debo decirlo, es aún mayor de cuanto los interlocutores dicen; y la violencia en cada disputa entre iguales, aunque atenuada o amortiguada en muchos casos por una cultura de la negociación y de las muy lar-

gas y pacientes discusiones hasta encontrar un terreno de acuerdo, como aparece en el ensayo sobre San Andrés Larráinzar y sus peculiaridades.

Aparecen las mujeres, tal vez mucho más importantes en los hechos de la vida que las entrevistas traslucen, que en los dichos de los entrevistados; y cómo la irrupción zapatista fue también en muchos casos un irrumpir y un instalarse de ellas para quedarse en lugares de elocución y de decisión antes vedados.

Aparece el vertiginoso crecimiento de la migración al norte: “De un lustro a la fecha (2008) la migración es el fenómeno que dinamiza la economía local y el crecimiento de esta práctica ha adquirido un ritmo vertiginoso”. Pero también “la migración masculina está dejando espacios en las asambleas que son ocupadas por las madres, esposas e hijas de los que están ausentes”. La migración es tan incontenible como azarosa y las extorsiones a los migrantes se multiplican, incluidos los que cruzan la región desde Centroamérica.

v

Los narradores indígenas describen nuevas formas de organización y de arraigo, como las Juntas de Buen Gobierno en zona zapatista; y cambiadas formas de interlocución entre las varias poblaciones en las zonas no zapatistas hoy, pero que un tiempo lo fueron; y que no saben, dicen, si lo volverán a ser o no. Todo es según como se presenten los asegunes.

Dice otro de los entrevistados que, por ahora, él no es zapatista. Ellos se sumaron a la rebelión porque a esa altura “ya estábamos cansados de marchas, mítines y bloqueos. No veíamos resultados y nos pareció que esta

opción era algo nuevo y nos dijimos: ‘¡pues órale! ¡a entrarle!’, y así entramos todos”.

En una entrevista colectiva de 2006, uno de ellos explicó su decisión de entonces, doce años antes, en aquel 1994 inaugural:

Eran un grupo armado y nos atraía agarrar un arma y poder hacer frente al enemigo; porque no conocíamos que el indígena podía también agarrar un arma y defenderse. Y nos dimos cuenta de que no podíamos vivir todo el tiempo con miedo y vergüenza. Su plan político también me gustó, porque estaba basado en nuestras necesidades diarias, las de los pobres. Además me gustó más que no nos veían como una cosa simple, sino que nos trataban como seres humanos, porque tenemos derechos y dignidad.

Derechos y dignidad: términos clave de cualquier insurrección de pueblos que en el mundo haya sido.

En la región zoque “los jóvenes líderes de Nuevo Francisco León decidieron optar por la resistencia civil pacífica, lo cual no les ha impedido vincularse con organizaciones radicales y particularmente con el EZLN”. Los pobladores de La Garrucha cuentan de otro modo cómo entró el zapatismo a la región, donde ya estaban organizados por la ARIC Unión de Uniones y por la Diócesis de San Cristóbal. Surge entonces, en forma narrativa, el mismo relato cuya forma mítica está dicha en los verídicos recuerdos del subcomandante Marcos acerca del Viejo Antonio. Y las tres vías de organización vivieron sus desacuerdos, sus acuerdos y sus conflictos.

Aparecen, por fin, en estas historias, los laberintos interminables de la dotación ejidal, abolida en los hechos por el señor de Batopilas, Carlos Salinas de Gortari, pero no en la cultura campesina chiapaneca a través de la cual tiene que pasar la resolución de los conflictos. En esa intrincada cultura, donde más de una vez los topógrafos de la Reforma Agraria “otorgan dos veces las mismas tierras a diferentes beneficiarios”, están atrapados gobiernos, funcionarios, finqueros y también los campesinos, porque la dotación ejidal, si acaso llega, nunca llega sola y sin larga y confusa pelea material y leguleya.

Pero “aquí así es, vos”, como decía mi compañero guatemalteco.

VI

Éstas son algunas cosas de las que encontré recorriendo las cuatrocientas cincuenta y ocho páginas de microhistorias reunidas en este libro. Muchas otras cosas encontrarán de seguro otros lectores.

Pero para que aparecieran y fueran relatadas y fueran recogidas, alguien primero tuvo, antes, que tener pa-

ciencia y aprender y confiar y recibir confianza y organizar la insurrección del primero de enero. Ese alguien se llama EZLN y, cualesquiera sean las cercanías o las distancias con ese ejército indio, su rebelión permitió que todo cambiara y que nada volviera a ser igual, aunque para muchos, aun de buena fe, las apariencias y algunos hechos les hagan pensar que todo siguió después como antes era.

Dije hechos. Terminaré mencionando unos que están en este libro y marcan como pocos el antes y el después.

Uno:

El levantamiento armado de 1994 desencadenó una impresionante ola de movilizaciones campesinas y ocupaciones de predios rurales nunca antes vista en esa magnitud en Chiapas. Entre 1994 y 1997 se invadieron en todo el estado 1,714 propiedades que, en su conjunto, suman 147,970 hectáreas. El promedio del tamaño de los terrenos ocupados por la fuerza es de 86.33 hectáreas (p. 104).

Dos:

La crisis institucional propiciada por el estallido de enero de 1994 había puesto al gobierno en una situación de debilidad que fue aprovechada por diversas fuerzas políticas y sociales. Los de El Coloquil fueron sólo uno entre los cientos de grupos que, tras el levantamiento zapatista y aglutinados en diversas organizaciones campesinas, se embarcaron en la toma de tierras agrícolas de propiedad privada. Tal fue la oleada de invasiones en Chiapas que, desde el segundo trimestre de 1994, el gobierno federal no tuvo más remedio que acceder a una sustanciosa redistribución agraria mediante compra de las tierras en disputa y su regularización a favor de los invasores, entre ellos los coloquileros (pp. 257-258).

VII

Para quien, por fin, busque una puerta para adentrarse en las microhistorias de este libro y en la diversidad de ideas, recuerdos y convicciones políticas de sus narradores y sus recopiladores, me atrevo a recomendar dos películas clásicas de Akira Kurosawa: sobre las comunidades agrarias y sus guerreros, *Los siete samuráis*; sobre las historias orales y la microhistoria, *Rashomon*. Ambas pueden ser buenas guías de lectura para las antiguas y nuevas historias de los pueblos mayas. ■

Leído en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México, el 28 de enero de 2010 en la presentación del libro de Marco Estrada Saavedra y Juan Pedro Viqueira (coordinadores), *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista-Microhistorias políticas*, El Colegio de México, México, 2010.